
LOS PARTIDOS SOCIALISTAS Y LA CONSTRUCCION EUROPEA

José LAMEGO

La primera dificultad que surge al analizar las actitudes de los partidos socialistas, socialdemócratas y laboristas, frente al proceso de construcción europea, es la comprobación de la inexistencia de una identidad programática en materia de construcción europea y, por tal razón, la imposibilidad de superar cierto descriptivismo y factualismo.

Esa dificultad se deriva, precisamente, de lo que ha sido, principal determinante de esas actitudes, es decir: la proyección de estrategias nacionales y de política nacional y no un objetivo global asentado en premisas ideológicas.

Esta afirmación ya anticipa la idea, que intentaré fundamentar en el análisis histó-

rico factual, de que los partidos socialistas democráticos contribuyeron a la gestación del «*consenso europeo*» a partir de enfoques pragmáticos y gradualistas, apoyados, en primer término, en una interpretación de los intereses de la política exterior y de seguridad de su Estado nacional y, además, en las representaciones sobre el impacto de la integración europea en las estructuras

***Los partidos socialistas
contribuyeron a la gestación del
«consenso europeo a partir de
enfoques pragmáticos».***

económicas y sociales del país al que pertenecen.

Existe una primera excepción a esta tesis general en lo tocante al periodo que precedió a la segunda guerra, en que las afirmaciones sobre la unidad europea constituían, en rigor, declaraciones generales vagas e ideológicas, orientadas por intenciones pacifistas y manteniendo aún vivo parte del espíritu internacionalista y pacifista que inspiraba la II Internacional, pero que había zozobrado sin gloria y de manera trágica en vísperas de la primera guerra mundial.

Del mismo modo, el proyecto de una Europa unida y democrática fue un factor estimulador de la resistencia al nazifascismo y un elemento determinante en la atmósfera política e ideológica de la segunda posguerra. Para todos aquellos que rechazaban el fascismo y el comunismo, la idea de una Europa unida, asentada en la libre adhesión de las naciones democráticas, constituyó en la posguerra un depósito de «energías utópicas» y, simultáneamente, un aporte de *realpolitik* en la estrategia de contención del bloque soviético.

La tesis general de la motivación predominantemente nacional de la actitud europea de los partidos socialistas europeos ya no goza hoy de validez absoluta, si tenemos en cuenta los intentos actuales de integración de la acción política en el plano europeo (por ejemplo la creación, en el Congreso de La Haya del 9 y 10 de no-

viembre de 1992, del Partido Socialista Europeo, en sustitución de la Unión de Partidos Socialistas y Socialdemócratas de la Comunidad Europea) y de la construcción de bases programáticas comunes (por ejemplo el manifiesto electoral del PSE para las recientes elecciones europeas; el *Informe Larsson* sobre crecimiento, competitividad y empleo). La izquierda europea, pese al reconocimiento del Estado nacional como forma básica de integración política, ha puesto a la par las cuestiones de las sociedades multiétnicas y multiculturales y la cuestión de las identidades posnacionales, con la disociación progresiva de la forma política «Estado» de la realidad cultural «Nación». La idea de ciudadanía europea, reconociéndose bajo formas de identidad nacional diferente, es una «adquisición» jurídica e institucional del Tratado de Maastricht, cuyo alcance político y cultural sólo puede medirse en consonancia con una idea de Europa posnacional. En términos simplistas, digamos que también el movimiento socialista democrático europeo sufre el impacto del paso de una filosofía de «*integración sistémica*» (mercado único, moneda única) a una filosofía de «*integración social*», en que será fundamental compartir valores y crear un «*espacio público europeo*».

Una de las batallas culturales fundamentales de la izquierda portuguesa y europea será, en los próximos años, la que podría denominarse, en términos filosóficos, «*educación del sentimiento nacional en el sentido de la universalización*», es decir, la defensa del europeísmo y de los derechos ciudadanos contra el resurgimiento de los populismos nacionalistas. Asimismo, una de las mayores virtualidades de la extensión de la Unión Europea al este podrá ser la resolución pacífica de los problemas de las minorías nacionales en el marco de los estados existentes. La izquierda europea deberá mantener el ideal europeo como elemento fundamental de identificación

programática y constituirse como impulsora constante de la profundización de la construcción europea. La estabilidad política en Europa, el restablecimiento de la competitividad tecnológica, la lucha contra el desempleo y un crecimiento sostenido y sostenible de la economía no podrán alcanzarse si los movimientos de regresión nacionalista consiguen moldear la opinión pública y las políticas de los gobiernos, en el sentido del bloqueo de esta formidable empresa común de progreso que es la construcción europea.

Hechas estas observaciones de orden general, pasemos a reseñar las posiciones de los partidos socialistas sobre el proceso de construcción europea. Analicemos, en primer lugar, el periodo anterior a la segunda guerra, periodo en que, como se ha observado, la actitud ante la unificación de Europa está determinada por motivaciones ideológicas, de intención pacifista.

El periodo anterior a la segunda guerra

La primera referencia en el movimiento socialista democrático a la idea de unidad europea aparece en el Programa de Heidelberg, del SPD alemán, de 1925, que se manifestaba «a favor de la creación de la unidad económica europea, una unidad que se ha hecho necesaria por razones económicas, y también a favor de la fundación de los Estados Unidos de Europa».

Los planes para la unificación europea, surgidos en el periodo intermedio entre las dos guerras, se encontraron, en rigor, con una actitud positiva por parte de los socialistas europeos. El *Memorandum* Aristide Briand fue apoyado por un conjunto de partidos socialistas, incluido el francés. Ernest Bevin había hablado en 1927, en el Congreso de la Central de los Sindicatos (TUC) británicos, de la necesidad de «inculcar el

El proyecto de una Europa democrática y unida fue un factor de resistencia al nazifascismo.

espíritu de unos Estados Unidos de Europa, por lo menos en el aspecto económico, aunque no lo consigamos totalmente en el aspecto político».

A pesar del rechazo del gobierno laborista del *Memorandum* Aristide Briand, sus ideas encontraron un enorme eco en el movimiento laborista británico. En diciembre de 1939, Clement Attlee escribía: «En favor del interés común, habrá de tener reconocimiento de una autoridad internacional, superior a los estados nacionales, y dotada no sólo de derechos sobre ellos, sino también con poder para hacerlos efectivos, actuando tanto en la esfera política como en la económica; Europa tendrá que federarse o perecerá» (1). El mismo año, León Blum tomaba posición, en *Le Populaire*, a favor de una Europa federal. Escribía Blum: «Las soluciones en que pensamos los socialistas son las que favorecerían la integración de Alemania en una organización de Europa que proporcionase por sí garantías sólidas contra el regreso a los atentados de la fuerza, ofreciendo ella misma los elementos de una verdadera seguridad y de una paz duradera. Volvemos siempre, de este modo, a las mismas fórmulas, a la misma conclusión: la independencia de las naciones en el seno de la Europa federal y desarmada. Éstos son nuestros “objetivos de guerra”, lo que significa que tales son para nosotros las condiciones de la paz».

(1) Cf. Clement Attlee, *Labour's Peace Aims*, ed. del *Labour Party*, 1939, p.13.

La resistencia y la unificación europea

La idea de una Europa federal asentada en la libre adhesión de las naciones democráticas, tuvo un nuevo impulso en el periodo de la resistencia (1939-1945), como contrapunto al belicismo y al nacionalismo de las ideologías nazifascistas. Durante los años treinta, un conjunto de intelectuales pensaba encontrar en la solución federalista el antídoto a la eclosión de la guerra.

En la propia Alemania nazi, Carl Friedrich Goerdeler, un opositor a Hitler, defiende en un documento clandestino de 1943 la «unificación de Europa a partir de los estados europeos independientes; ¡esa unificación se hará por etapas! Se creará de inmediato una unión económica europea, con un consejo económico reunido de manera permanente. La unión política no será anterior, sino que deberá suceder a la unión económica».

Meses más tarde, Goerdeler especifica mejor la estructura de esa Unión federal, previendo la creación de un ministerio europeo de Economía, un ejército europeo y un ministerio europeo de Asuntos Exteriores.

En Gran Bretaña, se reanudó la discusión de la temática federalista durante el periodo de la guerra a través del Federal Union Research Institute, presidido por Sir William Beveridge, y con la participación de personalidades tan distinguidas y brillantes como Ivor Jennings, Lionel Robbins, Friedrich von Hayek o Harold Wilson, del ala iz-

***La idea de
la ciudadanía europea
es una «adquisición»
institucional del Tratado
de Maastricht.***

quierda del *Partido Laboralista* y futuro primer ministro de Gran Bretaña (1964-1970 y 1974-1976).

Pero la idea federalista europea quedó ligada sobre todo al nombre de Altiero Spino, un ex comunista, deportado por Mussolini a la isla de Ventotene, que, junto con Ernesto Tossi, publica clandestinamente el *Manifiesto de Ventotene*, en junio de 1941, y será una de las principales personalidades impulsoras del proceso de construcción europea.

El 31 de marzo de 1944, resistentes de nueve países (entre ellos el representante de un grupo de resistentes alemanes) se reúnen en Ginebra, en el primero de una serie de cinco encuentros que conducirán a un proyecto de declaración común de los resistentes europeos. En esa declaración, los movimientos de resistencia «se comprometen a considerar los respectivos problemas nacionales como aspectos particulares del problema europeo en su conjunto» y defienden la organización de la *unión federal de los pueblos europeos*. Según los términos de la declaración, la unión federal deberá estar dotada de:

1. Un gobierno responsable no ante los gobiernos de los diferentes estados miembros, sino ante sus pueblos, por intermedio de los cuales deberá poder ejercer una jurisdicción directa dentro de los límites de sus atribuciones;
2. Un ejército colocado bajo las órdenes de ese gobierno y con exclusión de cualquier otro ejército nacional;
3. Un tribunal supremo que juzgue todas las cuestiones relativas a la interpretación de la constitución federal y decida sobre las eventuales diferencias entre los estados miembros o entre los estados de la federación (2).

(2) Mencionado en Hubert Halin, *L'Europe unie objectif majeur de la Résistance*, cit., p.49.

La misma declaración contenía también propuestas para el desarme y democratización de Alemania —colocándola transitoriamente bajo la tutela federal— y para la integración del futuro estado alemán democrático en el seno de la unión federal de los pueblos europeos.

La idea federalista europea germina en los movimientos de resistencia de los diferentes países, con excepción de los movimientos inspirados por los comunistas o por los nacionalistas conservadores. En la inmediata posguerra, se funda el Movimiento Socialista para los Estados Unidos de Europa, que tiene como contrapunto, del lado demócrata cristiano, los Nuevos Equipos Internacionales. A estas dos corrientes se añade, más tarde, el Movimiento Liberal para la Europa Unida. Las familias políticas socialista y demócrata cristiana llegarán a conformar las bases fundamentales del proceso de construcción europea hasta nuestros días, estando hoy organizadas en el plano europeo en el *Partido Socialista Europeo* y en el *Partido Popular Europeo*.

El Movimiento Socialista para los Estados Unidos de Europa aspira inicialmente, bajo la presidencia de Paul-Henri Spaak, a la creación de los Estados Unidos Socialistas de Europa a partir de 1948; no obstante, el proyecto europeo de los socialistas se refiere más bien a la idea de una Europa unida, pluralista y con fuerte dimensión económica y social, contribuyendo así, de forma mucho más decisiva que la afirmación inicial de un mero propósito programático socialista, a la gestación del «consenso europeo».

El Congreso de La Haya de 1948: «unionistas» y «federalistas»

En diciembre de 1946 se funda en París la Unión Europea de los Federalistas, como corriente supranacional y suprapartidaria.

Entre el 27 y el 31 de agosto de 1947, la Unión Europea de los Federalistas se reúne en el Congreso de Montreux, que define los principios del federalismo europeo. En ese Congreso destacan las contribuciones de Denis de Rougemont sobre la actitud federalista y de Maurice Allais, premio Nobel de Economía, que se refiere a los aspectos económicos del federalismo. En este Congreso de Montreux, los federalistas europeos adoptan el proyecto de los «Estados Generales de Europa», con vistas a la dinamización de una construcción federal de Europa.

En ese entonces Winston Churchill, en el discurso de Zúrich donde apelaba a la unión de los Estados de Europa, propone la realización de un Congreso para Europa Unida. Ese congreso, que surge como consecuencia del Congreso de Montreux y de las propuestas de Winston Churchill, tendrá lugar en La Haya, entre el 7 y el 10 de mayo de 1948. Uno de los principales organizadores del Congreso será el propio yerno de Churchill, Duncan Sandys. Churchill será presidente del Congreso, estando la comisión política presidida por el ex primer ministro socialista de Francia, Paul Ramadier, la comisión económica por el ex primer ministro belga, Paul van Zeeland, y la comisión cultural por el conocido intelectual español Salvador de Madariaga.

El Congreso de La Haya destaca por la confrontación entre las filosofías «federalista» y «unionista». Los británicos protagonizaron sobre todo, tanto del lado conserva-

***La izquierda europea deberá
mantener el ideal
europeo como elemento
de identificación
programática.***

*En los años treinta se pensó
en una solución federalista como
antídoto a la eclosión
de la guerra.*

dor como del laborista, las posiciones «unionistas», anticipando lo que ha sido la línea de fondo de las posiciones británicas sobre la construcción europea, opuesta a una profundización institucional y a la «continentalización» del centro de gravedad de Europa, e intentando mantener abiertos el espacio euroatlántico y las líneas tradicionales de vinculación exterior de cada Estado nacional. Por parte de los «federalistas» surgieron propuestas diferentes, ya en la línea de un federalismo radical —como la presentada por Paul Reynaud, para la elección por sufragio universal (sobre la base de un diputado por cada millón de habitantes) de una Asamblea Constituyente de Europa, y que recogió sólo nueve votos—, ya en la línea de un federalismo defensor de la «unidad en la diversidad», posición que se hizo mayoritaria entre los defensores del federalismo europeo.

El Congreso de La Haya estuvo en la base de la creación del Consejo de Europa, del Tribunal Europeo de los Derechos del Hombre, del Centro Europeo de Cultura y del Colegio de Europa, y dio origen al nacimiento del Movimiento Europeo, bajo la presidencia de Churchill, De Gasperi, Adenauer, Robert Schuman, Spaak y Coudenhove-Kalergi. Este Movimiento Europeo acabó preparando e impulsando la iniciativa Monnet-Schuman, que dio origen a la creación de las Comunidades europeas.

La reacción de los socialistas ante el Congreso de La Haya no fue unánime. Algunos partidos, como el italiano y el holandés,

apoyaron con entusiasmo la iniciativa. Otros partidos, como el SPD alemán o el Partido Laborista británico, fijaban sus políticas sobre bases y preocupaciones nacionales y permanecían, por ello, alejados del proyecto de unificación europea. Pero aun en esos partidos, algunas personalidades y grupos minoritarios (que se mantenían en contacto a través del Movimiento Socialista para los Estados Unidos de Europa, fundado por André Philip en 1947), mostraron un fuerte empeño en el proceso de construcción europea. Entre estas personalidades se contaban Max Brauer y Ernst Reuter, en el SPD alemán, y R. W. G. Mackay, en el Partido Laborista (Mackay había sido el único en el Congreso en romper la unanimidad británica de conservadores y laboristas a favor de tesis «unionistas» y contra la idea de una Europa federal).

El SPD alemán no participaba, en estos años, de una filosofía de apoyo firme de Alemania Oeste y de defensa de su integración en el sistema de seguridad occidental, tal como la que fuera fijada por Konrad Adenauer y que se mantuvo como el eje fundamental de la política exterior alemana hasta la reunificación. El líder del SPD de entonces, Kurt Schumacher, se apoyaba en una retórica nacionalista para oponerse tanto a los comunistas (partidarios de la integración de las zonas ocupadas por la Unión Soviética en su esfera de influencia) como a los demócrata-cristianos, plenamente integrados en la lógica bipolar de la guerra fría y en la estructuración económica, militar y política de Europa Occidental en ese marco bipolar.

Por otras razones, también los laboristas británicos y las socialdemocracias nórdicas permanecieron al margen del propósito de unificación europea anunciado en el Congreso de La Haya. Estos partidos concentraban sus objetivos en la creación de una sociedad de pleno empleo y redistribución de las rentas, recurriendo a instrumentos econó-

micos de base keynesiana como la gestión de la demanda y la redistribución por vía fiscal, razón por la cual se resistían a abandonar estos instrumentos de política económica nacional. Las socialdemocracias nórdicas estaban más interesadas en la cooperación que en la integración. En 1952 crearon el Consejo Nórdico, concentrando sus energías en la cooperación nórdica y, en términos económicos y comerciales, adhiriéndose a la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA). Las socialdemocracias nórdicas articularon una filosofía de política exterior que procuraba sustraerse a la camisa de fuerza de la lógica bipolar de la segunda posguerra, desarrollando la cooperación con el Tercer Mundo, una política activa de promoción de los derechos humanos y de colaboración con las Naciones Unidas.

En cuanto a otra de las decisiones del Congreso de La Haya, la creación del Consejo de Europa (concretada en 1949), los partidos socialistas y socialdemócratas esperaban más, teniendo en cuenta el clima en que transcurriera el Congreso, que su base meramente intergubernamental y las ambiciones escasas de la práctica de su funcionamiento. El SPD alemán expresó, de forma moderada, alguna reticencia en cuanto a la inclusión de la República Federal Alemana en el Consejo de Europa, partiendo del hecho de que inicialmente sólo se le había ofrecido un estatuto de miembro asociado y de que se había previsto una adhesión autónoma del Sarre, lo que, desde el punto de vista del SPD, acabaría legitimando su estatuto autónomo.

El sistema bipolar de la posguerra y la unificación europea

La consolidación de una estructura bipolar en el plano político, económico y de seguridad en la Europa de la posguerra, será el factor unificador fundamental del proceso de construcción europea. Claro que esta explicación «estructural» del proceso

de construcción europea, a partir del proyecto del sistema internacional de la posguerra, no debe dejar de tener en cuenta que otros factores, como la recuperación económica nacional y la creación de «economías de escala» al nivel de un mercado integrado europeo, constituyeron también motivaciones fuertes en el sentido de la integración europea. Tampoco el énfasis que hemos puesto en la determinación geopolítica y geoestratégica del proceso de construcción europea tiene por qué traer como consecuencia lógica la conclusión de que, desaparecida la lógica bipolar del sistema internacional, el proceso de construcción europea habría perdido sus factores impulsores fundamentales.

Debe decirse, de paso, que el nuevo proyecto del sistema internacional y de seguridad se enfrenta hoy con inmensas perplejidades. Pero las dificultades de estabilización política y económica en la Federación Rusa y en otras repúblicas ex soviéticas siguen funcionando hoy como factor de cohesión europea occidental y aconsejan el mantenimiento del interés norteamericano por los problemas de seguridad en Europa, como se deriva, por otra parte, del discurso de Bill Clinton en la Cumbre de Bruselas de los países de la OTAN, en enero de 1994, y de su propuesta de «asociación para la paz» a los países de Europa Central y del Este, anteriormente sometidos a la tutela soviética. El grado de agitación en el este determinará en gran medida las prioridades de la política exterior de Alemania en el futuro, los niveles de co-

***En La Haya,
laboristas y nórdicos
permanecieron al margen del
proyecto de unificación europea
propuesto.***

operación europea con Estados Unidos y la filosofía de reforma de la OTAN. Implicará igualmente, a corto plazo, una opción europea por la extensión —como necesidad prioritaria de acomodar y estabilizar en términos políticos y económicos las nuevas democracias del Este— y, eventualmente, una Unión Europea de «geometrías variables». Los condicionantes políticos y de seguridad del proceso de construcción europea siguen siendo el factor de cohesión fundamental, aunque en un marco muy diferente del de la segunda posguerra.

En la segunda posguerra, el fortalecimiento de Occidente se llevó a cabo a partir de dos ejes: la creación de la alianza militar denominada Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) —apoyada con la presencia de tropas americanas en Europa Occidental y escudada en el potencial nuclear norteamericano—, y el desarrollo de la integración europea occidental, cuyos principales pilares los constituyen la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) y el Tratado de Roma (que instituye las Comunidades Europeas).

Los norteamericanos impulsaron en este periodo el desarrollo de la integración europea occidental y defendían incluso la existencia de instituciones supranacionales europeas. La construcción europea desempeñó, junto con la OTAN, un papel fundamental en la estrategia occidental de contención de la Unión Soviética. El Congreso norteamericano expresa en 1952 su apoyo «al nuevo progreso en la federación política, en la integración militar y en la unifi-

cación económica europea y reafirma su creencia en la necesidad de un esfuerzo más vigoroso para la consecución de estos objetivos como un medio para la construcción intensa, el establecimiento de la seguridad y el mantenimiento de la paz en la zona del Atlántico Norte». La política norteamericana frente a Alemania constituía entonces el pivote de su política europea en el marco de la estrategia de contención de la Unión Soviética en Europa. El presidente Harry Truman y su secretario de Estado, Dean Acheson, así como el presidente Dwight Eisenhower y su secretario de Estado, John Foster Dulles, persisten en la opción estratégica de que una Europa occidental fuerte y estructurada, en el marco de un continente dividido, sería preferible a una Europa unificada, pero «finlandizada» por la Unión Soviética. Durante los años cincuenta, se rechazan varias propuestas soviéticas de revisión del «statu quo» en Alemania.

Los Estados Unidos favorecieron asimismo en este periodo la visión de una Europa posnacional. La cuestión alemana ocupaba el centro de un proyecto europeo posnacional, de acuerdo con una estrategia que sería denominada de «doble contención»: la estrategia norteamericana se proponía el fortalecimiento de Alemania occidental, al mismo tiempo que tranquilizaba a los franceses y a los restantes europeos con respecto al poderío alemán.

El plan Schuman

En octubre de 1949, el secretario de Estado norteamericano Dean Acheson y el primer ministro francés, Robert Schuman, acordaban que, con la OTAN ya establecida, se trataría ahora del momento adecuado para una iniciativa francesa tendente a la integración definitiva de la RFA en Europa Occidental. La iniciativa de Schuman para la creación de una Comunidad Europea del

***La inestabilidad
política del Este sigue
siendo un factor
de cohesión europea
occidental.***

Carbón y del Acero habría de ser, según las palabras del general Bradley, «la iniciativa más importante llevada a cabo desde la guerra para detener el comunismo».

¿Cuál es la posición de los partidos socialistas y socialdemócratas con respecto al Plan Schuman? El plan fue apoyado por los partidos de Holanda y de Bélgica. En Francia, la SFIO encaró el plan con algunas reservas, pero acabó por darle un apoyo reticente: la protección de los intereses de los trabajadores y del potencial francés en carbón y en acero justificaban, según el discurso de la SFIO, el interés en la integración. El partido socialista italiano se opuso vigorosamente al plan, invocando los efectos perniciosos que podría llegar a tener para la débil producción italiana de carbón y de acero. Muy interesante es la declaración de la Comisión Ejecutiva Nacional del Partido Laborista británico, explicitando las razones de oposición al Plan Schuman. La declaración revela simultáneamente una constante de la política británica frente al proyecto de integración europea, la salvaguardia de su espacio propio de relación exterior, y una constante del pensamiento económico laborista de la dirección partidaria, asentada en políticas de cariz keynesiano de estímulo de la demanda y del empleo y de la redistribución por vía fiscal, así como de la creencia en la necesidad de un sector público fuerte. Decía la declaración de la Comisión Nacional Ejecutiva: «¡El Partido Laborista nunca podría aceptar ningún compromiso que limitase su propia libertad —o la de otros— de proseguir en la vía del socialismo democrático y de aplicar los controles económicos necesarios para alcanzarlo! Cualquier alteración en las relaciones de Gran Bretaña con Europa Occidental no puede poner en entredicho su posición neurálgica de centro de la Commonwealth y de banquero del área de la libra esterlina. Una cooperación estrecha con Asia y América es vital para la paz y la prosperidad de Europa. Hasta que la Unión

La consolidación de una estructura de seguridad bipolar fue el factor fundamental de unificación europea.

Soviética permita que las Naciones Unidas funcionen como deberían funcionar, el primer objetivo inmediato de la política exterior británica deberá ser la construcción de una unidad orgánica a través de todo el mundo no comunista. Ningún partido socialista con el propósito de formar gobierno podría aceptar un sistema por el cual se delegasen áreas importantes de la política nacional en una entidad representativa europea supranacional, dado que una entidad tal tendría una mayoría permanente antisocialista y suscitaría la hostilidad de los trabajadores europeos» (3).

Pero la oposición más vigorosa al Plan Schuman en el conjunto de los partidos socialistas europeos fue la del SPD alemán, basándose en la línea programática que caracterizó al partido en el periodo Schumacher. El SPD se oponía a la no atribución a la República Federal Alemana de un estatuto de igualdad (*gleichberechtigung*), al carácter insuficientemente democrático de la CECA y al papel de una Alta Autoridad considerada excesivamente tecnocrática, y temía que la creación de la CECA pusiese término al control público de la industria alemana del carbón y del acero, lo que era para la dirección del SPD un elemento importante de su política económica. Pero el SPD temía sobre todo que la integración económica de Europa occidental tuviese un

(3) Cita extraída de Stephen Padgett y William E. Paterson, *A History of Social Democracy in Postwar Europe*, Londres, 1991, p. 248.

*En un tiempo,
los EE.UU. favorecieron
la visión de una Europa
posnacional.*

impacto negativo en sus propósitos de reunificación alemana.

La Comunidad Europea de Defensa

El estallido de la guerra de Corea en junio de 1950 y el consiguiente aumento de la tensión entre los dos bloques, replanteó el problema de la necesidad de la participación de la RFA en la defensa de Occidente y, en consecuencia, la inevitabilidad del rearme alemán. Francia decidió, en una estrategia de anticipación y control de daños, tomar la iniciativa y, en 1950, presentó el llamado *Plan Pleven*, que preconizaba la creación de un ejército europeo, bajo la autoridad de un Ministro Europeo de Defensa, nombrado por los gobiernos de los estados participantes y asistido por un Consejo compuesto de «ministros nacionales, responsables ante una Asamblea Europea». Los puntos esenciales del *Plan Pleven* acabaron por incorporarse en el *Tratado de París*, celebrado el 27 de mayo de 1952, que instituyó la Comunidad Europea de Defensa.

El fracaso del proyecto de la Comunidad Europea de Defensa, en agosto de 1954, debido a la negativa de ratificación por parte de la Asamblea Nacional francesa, puso término a una discusión que causó innumerables fricciones en los partidos socialistas europeos: 53 diputados de la SFIO francesa votaron contra la ratificación, tal como lo hicieron 29 diputados del PS belga; el Partido Laborista británico se había opuesto a la participación británica y rechazaba igual-

mente el principio del rearme alemán. Sólo en la Conferencia de París de 1954, y con muchas resistencias, llegó a ser admitido ese principio.

Los socialistas y la creación de las Comunidades europeas

La creación de la Comunidad Económica Europea (CEE) y de la Euratom fue apoyada por los partidos socialistas de los seis países miembros de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). Paul-Henri Spaak, líder del partido socialista belga, desempeñó en esta fase un papel de especial importancia en la conversión de las propuestas de la conferencia de Messina en 1945, a la realidad de las instituciones europeas. Del mismo modo, los socialistas franceses tuvieron con respecto al Tratado de Roma una posición mucho más positiva de la que habían tenido respecto al Tratado de París y a la Comunidad Europea de Defensa: el primer ministro de Francia era entonces el líder de los socialistas franceses, Guy Mollet, que consiguió comprometer al conjunto de su partido en el apoyo a la participación de Francia en la construcción europea. Jean Monnet, considerado por los socialistas una personalidad muy próxima a sus posiciones, tuvo asimismo una importante acción persuasiva entre los socialistas europeos a favor del proceso de construcción europea, influyendo notablemente en el voto positivo de los socialistas en la Asamblea Nacional francesa y en el Bundestag alemán. En la República Federal Alemana, el SPD había integrado, en octubre de 1955, el Comité Monnet para los Estados Unidos de Europa y el movimiento sindical, organizado en la DGB, era también partidario de la integración europea. Lejos estaban ya los tiempos de Kurt Schumacher, fallecido en 1952; el SPD, liderado ahora por Erich Ollenhauer, recorría ya el camino del cambio programático que habría de consolidarse en el Congreso de Bad Godesberg, de 1959,

afirmando al PSD como un *Volkspartei* de amplia base social y con vocación de poder, cambio que tuvo en Willy Brandt su figura emblemática. Favorecía esta actitud proeuropea del SPD un conjunto de nuevos factores de orden internacional: la autonomización progresiva de la integración europea de cuestiones de defensa y seguridad, el irrealismo de las propuestas de reunificación alemana en el marco de una Europa inserta en la lógica bipolar de la posguerra, el retorno del Sarre a la República Federal Alemana y la disposición del SPD a aceptar las estructuras de la OTAN.

Extensión y participación: los laboristas británicos y las socialdemocracias nórdicas

La actitud de los laboristas británicos y de las socialdemocracias nórdicas con respecto a los proyectos de unificación europea fue al principio, tal como observábamos a propósito de las conclusiones del Congreso de La Haya de 1948, bastante reticente. La actitud de esos partidos ante Europa fue sucesivamente objeto de oscilaciones, oscilaciones que reflejan intentos de ajuste programático y, al mismo tiempo, permiten identificar las diversas corrientes internas. En términos simplistas, podríamos decir que las actitudes proeuropeas eran asumidas por los modernizadores y pragmáticos, mientras que las corrientes más a la izquierda se caracterizaban por posiciones contrarias a la integración.

El Partido Laborista británico, entonces en la oposición, se opuso a la primera solicitud de adhesión de Gran Bretaña, en 1961-1962. La oposición de los laboristas podría sintetizarse en los siguientes términos, según las palabras de Frank Bealey: «Los sentimientos inspiradores predominantes eran la independencia nacional, en especial el derecho a planificar la propia economía, la falta de confianza en los europeos, coincidiendo este

El SPD temió que la integración económica de Europa perjudicara su propósito de una reunificación alemana.

último sentimiento con un renovado interés por la Commonwealth» (4). Por ello, el Partido Laborista planteó cinco condiciones para la adhesión plena: el derecho de Gran Bretaña a la planificación de su economía y la posibilidad de proseguir una política exterior propia, la defensa de los intereses de la agricultura británica y la salvaguardia de las relaciones con la Commonwealth y con los países miembros de la EFTA. Sin embargo, el gobierno laborista presenta en 1967 una nueva solicitud de adhesión, dejando de referirse a las cinco condiciones previas. El cambio de actitud del gobierno de Harold Wilson —que en 1964 había llegado al poder, anunciando el propósito de reforzamiento de la Commonwealth— se debe, según las explicaciones más plausibles, a las dificultades de la economía británica de entonces y a la necesidad de modernización económica y tecnológica.

Después de 1970, cuando los laboristas regresaron de nuevo a la oposición, se hizo sentir de nuevo la presión del movimiento sindical y de algunas personalidades del partido contra la integración. Como resultado de esa presión, el Partido Laborista fue conducido a una posición algo ambigua: continuar defendiendo el principio de la adhesión, pero manifestándose contra los términos en que la había llevado a cabo el gobierno conservador de Edward Heath. Esta ambigüedad llevó a la dimisión de Roy Jenkins como vicelíder y al

(4) Apud Stephen Padget y William E. Paterson, *A History of Social Democracy in Postwar Europe*, p.252.

abandono de sus puestos en el gobierno-sombra laborista de David Owen, Bill Rodgers y Shirley Williams, quienes acabarían abandonando el *Partido Laborista*, en 1981, para formar el Social Democratic Party, que sólo tendría una suerte política efímera.

Vuelto al gobierno en 1974, Harold Wilson intentó la renegociación del tratado de adhesión, pero sin resultados concretos. En el referéndum de 1975 sobre la participación de Gran Bretaña en las comunidades europeas, la mayoría de los miembros del gobierno laborista apeló al «sí», mientras que los sindicatos más influyentes defendían la salida. Del mismo modo, diputados del «ala izquierda» del *Laborista*, como Tony Benn, emprendían verdaderas cruzadas contra la continuación de Gran Bretaña en las comunidades. Después de la derrota electoral de 1979 y la sustitución de James Callaghan por Michael Foot en el liderazgo del partido, en 1980, se produjo un notable «viraje a la izquierda» en la política exterior y de seguridad del *Partido Laborista*. El Manifiesto laborista de 1983 defendía la salida de Gran Bretaña de las comunidades y la adopción de una política económica más proteccionista.

La derrota electoral de los laboristas en las elecciones de 1983 llevó a la sustitución de Michael Foot por Neil Kinnock en el liderazgo del partido. Kinnock hizo un enorme esfuerzo en la modificación de la actitud europea de los laboristas, abandonando la estrategia proteccionista —formulada en el documento titulado *Alternative Economic Strategy*, con cuyas bases se presentara el

***Los buenos resultados
en las elecciones de 1989
alentaron la actitud laborista
en pro de la construcción
europea.***

Partido Laborista a las elecciones de 1983—, y apostando antes por «*securing the best deal for Britain within the EEC*» y por la modernización de la industria y sociedad británicas, mediante el refuerzo de una economía de mercado con fuerte dimensión social. Simultáneamente, Kinnock llevó a cabo un conjunto de reformas internas que tenían como intención distanciar al partido del movimiento sindical y convertirlo de nuevo en un partido electoralmente viable. A finales de los años ochenta, el Partido Laborista presentaba sobre las cuestiones europeas una posición mucho más positiva y unificada que sus adversarios conservadores. Los buenos resultados en las elecciones europeas —34 diputados en 1984 y 45 en 1989, sobre un total de 81, lo que representaba una considerable mejora frente a los pésimos resultados de 1979, en que obtuviera 17 diputados sobre un total de 78—, alentaron y reforzaron la actitud de los laboristas británicos en pro de la construcción europea. El rosario de contradicciones sobre política europea pasó a ser atributo del Partido Conservador: desde el abandono de Margaret Thatcher (debido en gran parte a su oposición a la profundización institucional de la Comunidad Europea), los conservadores británicos tienen en la política europea su punto principal de fricción interna, con Thatcher avivando las tomas de posición de los «euroescépticos» y debilitando progresivamente el respaldo político de John Major. La negociación por el gobierno conservador inglés del Tratado de Maastricht basada en la exigencia de un *opting out* en materia de política social, permitió a los laboristas afirmarse en Europa en defensa de políticas sociales más progresivas.

De todos modos, la actitud positiva del Partido Laborista británico con respecto al proceso de construcción europea no erradicó por completo algunas ambigüedades y fricciones internas, que volvieron a asomar a propósito del debate de ratificación del Tratado de Maastricht, ni representa una inflexión real del enfoque tradicional britá-

nico del proceso europeo, reticente a profundizaciones institucionales bruscas y más inclinado a una posición gradualista y prudente con respecto a la profundización.

En las socialdemocracias nórdicas, la tendencia general es, para las direcciones partidarias, alentar el refuerzo de los lazos con la Unión Europea, mientras que las alas izquierda y ambientalista de los respectivos partidos se oponen a la participación. El estancamiento de la política social europea y el temor de que las pautas europeas de protección social y ambiental hagan disminuir las pautas vigentes en los países nórdicos, así como la oposición al centralismo y a la burocracia, en nombre de la participación y de la transparencia, han sido los fundamentos de cierta falta de atracción del ideal europeo en el conjunto del movimiento socialdemócrata de los países nórdicos, falta de atracción que, no obstante, se esfuerzan por desmentir las respectivas direcciones partidarias: Ingvar Carlsson, en Suecia, y Harlem Gro Brundtland, en Noruega, han demostrado un empeño personal en el ingreso de sus países en la Unión Europea; del mismo modo, fue con el primer ministro socialdemócrata, Poul Rasmussen, con quien se realizó una inflexión en el electorado danés a favor del «sí», electorado que había optado por el «no» a la Unión Europea en el primer referéndum.

Los partidos socialistas de la Europa del Sur

En Portugal y España, la integración europea representó un factor de estabilización democrática en unas sociedades que salían de un largo periodo de dictadura. Mientras que en España la integración europea era vista inicialmente como un factor de disuasión de eventuales tentaciones de la derecha militar para poner término al proceso democrático, en Portugal la opción europea representaba a la vez la búsqueda de un nuevo

marco de inserción exterior —después de acabado el ciclo colonial—, un factor de presión en el sentido de la liberalización económica (después de la ola de nacionalizaciones producida a partir del 11 de marzo de 1975) y un elemento de estabilización de las instituciones democrático-parlamentarias.

El Partido Socialista portugués declaraba en su primer congreso celebrado en la legalidad (diciembre de 1974) que «la construcción del socialismo en Portugal está ligada de manera indisoluble a la construcción de una Europa democrática y socialista». La campaña electoral para la Asamblea Constituyente de 1975 se encara bajo el lema *Europa con nosotros*, como referencia a la solidaridad de las socialdemocracias europeas en el combate al Partido Comunista y al proyecto nacionalmilitar y como alusión a los valores democrático-pluralistas de las sociedades europeas. Consiguientemente, el primer ministro del primer gobierno constitucional, Mário Soares, presentó el 28 de marzo de 1977 la solicitud de adhesión de Portugal a la CEE, a la CECA y a la CEEA.

La filosofía del partido socialista de integración plena en las Comunidades europeas y de afianzamiento de la participación portuguesa en la OTAN representó en el momento un poderoso factor de divergencia, no sólo con el Partido Comunista y la extrema izquierda, sino también con otras agrupaciones de izquierda socialista, que pretendían la articulación del proyecto na-

***La oposición al centralismo
y a la burocracia restan
atractivo al proyecto
europeo en
los países nórdicos.***

***En Portugal y España,
la integración europea
fue un factor de estabilización
democrática.***

cional-militar con el mantenimiento de las instituciones democrático-representativas, al menos como «garantía de la limitación de poderes que asegure el pluripartidismo como expresión política de las contradicciones existentes en el bloque revolucionario», como decía entonces el *Grupo de Intervención Socialista* (GIS). La izquierda socialista exterior al PS se sumergía entonces en proyectos nebulosos de un «socialismo mediterráneo», como alternativa a la práctica reformista de los partidos miembros de la Internacional Socialista y buscaba una relación con el espacio comunitario distinta de la integración plena.

De modo semejante al partido socialista portugués, también el PSOE entendió que la integración europea era una condición esencial de la consolidación de la democracia y de la modernización económica de España. En materia de política de seguridad y de defensa, el PSOE tuvo que modificar, no obstante, las posiciones que defendía antes de llegar al poder, de abandono de la OTAN: en el referéndum de marzo de 1986, Felipe González hizo campaña a favor del mantenimiento de España en la OTAN y el «sí» alcanzó el 52,5 por ciento. El PSOE y Felipe González han surgido como defensores de la profundización de la integración europea y del refuerzo de la cohesión económica y social, y el gobierno socialista español ha desarrollado una política europea particularmente activa, intentando asegurar la participación de España en el «núcleo duro» de decisión de los asuntos europeos.

En contraposición a los partidos socialistas portugués y español, la posición del PASOK griego con respecto al proceso de integración europea fue de una reticencia mucho mayor: en las elecciones de octubre de 1981, nueve meses después de la adhesión de Grecia a las Comunidades europeas, el PASOK apeló a un referéndum, defendiendo la posición de salida de Grecia de las Comunidades, propuesta de referéndum que, no obstante, fue rechazada por el entonces presidente Karamanlis. Con el paso del tiempo, el PASOK invirtió sus posiciones antieuropeas, llegó a aceptar la integración de Grecia y aprobó el Acta Unica Europea. La decisión de la Cumbre de Bruselas de febrero de 1988 de duplicar los fondos estructurales y el refuerzo de la filosofía de cohesión económica y social, por influencia de Jacques Delors, contribuyeron a reforzar el empeño del PASOK en el proceso de construcción europea.

La integración europea y la identidad programática de la socialdemocracia

Analicemos ahora, a manera de conclusión de lo expuesto y de modo muy somero, cuáles son los efectos de la integración europea en la identidad programática de nuestro movimiento socialista democrático. Constituye ya una afirmación trivial entre nosotros decir que los años ochenta registraron el final de la solución cooperativa en el plano nacional y el bloqueo de la «coordinación keynesiana». Para algunos autores, la socialdemocracia europea tradicional atraviesa hoy una crisis prolongada, tanto desde el punto de vista ideológico como electoral y organizativo. Los factores de esa crisis se identifican en los siguientes términos: crecimiento de la internacionalización y de la interdependencia económicas, declinación de la clase obrera tradicional y complejidad creciente de las sociedades capitalistas avanzadas, quiebra de las soluciones keynesianas de base nacional y crisis del Estado del bie-

nestar socialdemócrata. La respuesta al bloqueo de la «coordinación keynesiana» por parte de las fuerzas conservadoras consistió en conjugar las recetas del monetarismo ortodoxo, de la flexibilización de las relaciones de trabajo, de la disminución de la carga fiscal y de la disminución de las prestaciones sociales. Esa respuesta falló: la prioridad absoluta atribuida al combate contra la inflación y la excesiva liberalización de los movimientos de capitales tuvieron como efecto más visible una enorme redistribución a favor de las aplicaciones financieras; el desempleo en Europa aumentó exponencialmente; las sociedades europeas perdieron cohesión social; surgieron nuevas formas de desintegración y nuevos conflictos sociales. Puesta frente a los factores de su propia crisis y frente a la comprobación del fracaso de las recetas conservadoras, la socialdemocracia europea enfrenta hoy la necesidad de nuevas respuestas a nuevos problemas.

La socialdemocracia europea tiene hoy por delante, entre otros desafíos, reconducir la economía hacia un nuevo ciclo de crecimiento y reabsorber el desempleo o, como alternativa, establecer esquemas financieros de garantías de rendimiento. Comprobado como está el fin de la solución cooperativa nacional —que caracterizó las propuestas de la socialdemocracia en los años sesenta y setenta—, la izquierda europea tendrá que encaminarse hacia una solución cooperativa en el plano europeo. Es esta solución cooperativa en el plano europeo la que ha defendido con insistencia Jacques Delors y que el Partido Socialista Europeo comenzó a esbozar programáticamente, en especial en su documento sobre la Iniciativa Europea para el Empleo (*Informe Larsson*). Pero es obvio que esta solución cooperativa en el plano europeo sólo se va afirmando de modo muy tímido y paulatino, como lo demuestran los intentos malogrados de Jacques Delors, en 1992, de ampliar el presupuesto comunitario, o el hecho de que la vía esco-

gida para la realización de la Unión Económica y Monetaria no prevea como mecanismo estabilizador una unión presupuestaria relativamente fuerte...

Otro factor de aceleración del cambio de la identidad programática de la socialdemocracia europea —y que también es inducido por la integración europea— consiste en la gestación de una nueva cultura política, en la que preponderan los valores que Ronald Inglehart denominó «post-materialistas» (por ejemplo los nuevos derechos, la participación política, la calidad de vida y del ambiente, el acceso a bienes culturales, etcétera). Según Inglehart, la integración europea favorece la dilución de la identidad clasista y la pérdida de radicalidad de los movimientos obreros y la expansión del empleo industrial cualificado y de las nuevas clases medias es un factor propulsor de los valores «post-materialistas». El ascenso de los valores «post-materialistas» corresponde a la superación del paradigma industrialista, como momento histórico en que el eje de la decisión política estaba exclusivamente centrado en la distribución de la riqueza y de la renta, paradigma en que se inserta el movimiento socialista democrático tradicional. Los cambios estructurales que están en la base de la nueva cultura política tienen que ver, en el plano económico, con la aceleración de los ciclos de producción, con la expansión del empleo cualificado en los servicios y con la elevación del poder adquisitivo y de los niveles educacionales de la población.

***Felipe González y el PSOE
han surgido como
defensores de la profundización
de la integración
europea.***

En estos términos, los partidos socialistas deberían ser capaces de conjugar la defensa de los intereses de su base de apoyo socioeconómica tradicional (trabajadores asalariados) con la sensibilidad a los temas de la «nueva cultura política». Esta «nueva cultura política» trae consigo el deseo de participación ciudadana e implica la pérdida de atracción de las organizaciones políticas burocratizadas tradicionales (por ejemplo partidos, sindicatos), a favor de iniciativas cívicas temáticas y no burocratizadas. Además de ello, la «nueva cultura política» coloca el punto de divergencia izquierda/derecha en zonas distintas de aquellas en que lo situaba el paradigma industrialista y la socialdemocracia tradicional: pone el acento en la defensa de los derechos cívicos, en la defensa del medio ambiente y de la calidad de vida, pero no presenta la divergencia izquierda/derecha a partir de opciones de política económica globalmente diferenciadas.

Los partidos socialistas europeos tienen que mostrar sensibilidad ante esta «nueva cultura política». En este aspecto, el «nuevo kennedysmo» de Bill Clinton y de la izquierda democrática americana constituye un aliado estimulante para una reformulación programática de la socialdemocracia europea: el *Informe Larsson* representa ya un buen ejemplo de ese fructífero diálogo. Por otro lado, en un nivel de exposi-

ción más filosófico, las propuestas de Habermas de un reformismo radical, como sustituto de la experiencia reformista socialdemócrata (pero que supera sus límites industrialista, productivista y estatalista), me parece que incluyen, desde la izquierda, una elaboración bastante articulada de los «tópicos» de la «nueva cultura política».

En vez de una reflexión abstracta y en un círculo cerrado, es mejor que los socialistas portugueses sepamos movernos en el marco de una cultura política en tránsito, superar los límites y las formas de la acción política partidaria: pienso que la iniciativa, ya anunciada, de los «Estados Generales», así como las líneas programáticas fundamentales de nuestro proyecto de revisión constitucional concuerdan con esta «nueva cultura política». Saber potenciar debidamente un programa de cambio político y conseguir su adecuación a la sociedad portuguesa es lo que se pondrá en juego en el próximo año y medio. El colapso del discurso modernizador y europeo del PSD deja al PS la posibilidad y la obligación de constituirse en instrumento político de un vasto bloque social de progreso, susceptible de ser movilizado por mensajes positivos de modernidad política y cultural y de aumento del bienestar y de la cohesión social.

Traducción de Mario Merlino.